

# Movimientos sociales y teoría sociológica en América Latina: conversación con Breno Bringel

Por *Andrés* DONOSO ROMO\*

**T**ANTO POR LA AMPLIA VARIABILIDAD que presentan como por los múltiples efectos que imprimen al devenir de nuestras sociedades, los movimientos sociales no son fáciles de comprender. Desde los inicios de la época contemporánea de América Latina no ha pasado un solo año sin que algún movimiento social se haya levantado y organizado para exigir atención a sus demandas. Desde entonces, también, la intelectualidad latinoamericana ha tratado de comprender este fenómeno con resultados más o menos satisfactorios, aunque casi siempre provisionarios.

En esta conversación buscaremos recorrer un poco del camino que la intelectualidad latinoamericana, principalmente sus ciencias sociales críticas, ha transitado para poder comprender, y muchas veces encauzar, estos fenómenos. Para conseguirlo dialogaremos con Breno Bringel, sociólogo brasileño con una dilatada experiencia internacional en el campo de los estudios sociales y políticos de América Latina, autor de numerosos artículos y libros en la materia y, sin duda, una de las principales referencias en lo que atañe a los vínculos entre movimientos sociales, teoría sociológica y América Latina. Bringel dirige, con José Maurício Domingues, el Núcleo de Estudios de Teoría Social y América Latina (NETSAL) en el Instituto de Estudios Sociales y Políticos (IESP) de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ) y es el actual presidente del Research Committee on Social Classes and Social Movements (RC-47) de la International Sociological Association (ISA), el primer latinoamericano en conducir uno de los grupos internacionales más activos en el estudio de los movimientos sociales, fundado por

---

\* Investigador del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Playa Ancha y del Instituto de Estudios Avanzados en Educación de la Universidad de Chile; e-mail: <andres.donosoro@ie.uchile.cl>.

Agradezco al Proyecto ANID/FONDECYT Concurso Regular núm. 1180506, al Proyecto Basal FB0003 del Programa de Investigación Asociativa de ANID y al Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México por recibirme como investigador visitante entre septiembre y octubre de 2018.

*Alain Touraine y Alberto Melucci, y casi siempre hegemonizado por europeos y norteamericanos.*

*Cuatro núcleos temáticos se abordarán en esta conversación. El primero observa el desarrollo histórico que han tenido las teorías sobre los movimientos sociales desde el siglo XIX hasta la actualidad, poniendo especial atención en una corriente que, pese a no ser de las más conocidas, se avizora como clave para estrechar de manera sustancial la distancia entre teoría y realidad: la teoría sociohistórica. El segundo repara en las particularidades, complejidades y paradojas presentes en el acercamiento de la intelectualidad latinoamericana a la construcción teórica sobre los movimientos sociales, observando especialmente las tensiones entre los circuitos de construcción de teoría europeo/estadounidense y el latinoamericano. El tercero analiza un momento particular del desarrollo teórico regional sobre los movimientos sociales, la década de 1980 y concentra su atención en las influencias recíprocas que se dieron entre la perspectiva política conocida como “nueva izquierda” y la perspectiva teórica popularizada como los “nuevos movimientos sociales”, principalmente en su variante latinoamericana. Para finalizar, el cuarto y último eje examina brevemente el estado actual de la reflexión teórica sobre los movimientos estudiantiles en América Latina y se detiene en las razones que podrían explicar su escaso desarrollo, más aún comparado con la teorización existente sobre otros movimientos sociales.*

*La entrevista que se presenta a continuación, realizada el 30 de abril de 2019 en Río de Janeiro, en las dependencias del IESP-UERJ, se enmarcó en un estudio de largo aliento sobre los movimientos estudiantiles en América Latina que vengo realizando desde el año 2013. El sentido de la entrevista fue doble: por un lado, discutir herramientas que permitan pensar teóricamente los movimientos sociales desde América Latina y, por otro, examinar los movimientos estudiantiles en tanto fenómeno social. Luego de presentarme, de exponer los alcances de la técnica de investigación utilizada y de puntualizar los objetivos que se perseguían se dio paso a la siguiente conversación.*

\*\*\*

Andrés Donoso Romo (ADR): Traje una pauta de preguntas, construida a partir del análisis de algunos de tus principales textos, que busca ayudarnos a comprender el escenario actual de los víncu-

los, paradojas y potencialidades que posee la triada movimientos sociales, teoría sociológica y América Latina. Para ser bien claro en mis propósitos, y no inducir a confusión, el fin último de esta conversación es compartir interpretaciones sobre el panorama actual de la reflexión latinoamericana acerca de los movimientos sociales. Una tarea que persigue, en el fondo, ayudar a toda persona —como yo— interesada en conocer cómo se han pensado y se están pensando estos fenómenos en la región. No se están buscando datos, tampoco acercarse a alguna verdad. Se procura, ante todo, que podamos comprender mejor un fenómeno que nos acompaña desde hace más de un siglo y que, todo indica, seguirá desafiándonos muchas décadas más: los movimientos sociales.

Breno Bringel (BB): Entendido. Y de acuerdo.

ADR: Para comenzar quiero traer a colación uno de los aspectos más sugerentes trabajados en un texto tuyo a cuatro manos junto al colega y colaborador habitual José Maurício Domingues, titulado “Teoría crítica y movimientos sociales”.<sup>1</sup> Me refiero a la periodización general que proponen para el desarrollo de las teorías de los movimientos sociales, la cual se remonta al siglo XIX, aunque pone énfasis en los derroteros que ha seguido a partir de mediados del siglo XX. En ese texto ustedes identifican tres etapas en la historia de la reflexión sistemática sobre este tipo de fenómenos —con las cuales, dicho sea de paso, concuerdo. Paso a esbozar brevemente cada una de estas etapas para luego reparar en un detalle que me gustaría que, en tu respuesta, pudiera analizarse más detenidamente. La primera etapa, que incluye desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, engloba aquellas teorías clásicas de las ciencias sociales donde sobresalen el Marxismo y el Funcionalismo como las principales matrices de comprensión. La segunda etapa, a partir de finales de la década de 1960 y hasta el final del siglo XX, comprende la diversificación de las perspectivas teóricas sobre los movimientos sociales y en ella destacan la Teoría de la Movilización de Recursos, de los Nuevos Movimientos Sociales, de los Procesos Políticos y la Teoría Sociohistórica, siendo sobre esta última que me gustaría pusiéramos especial atención. La tercera etapa, propia del siglo XXI y todavía en plena configuración, com-

---

<sup>1</sup> Breno Bringel y José Maurício Domingues, “Teoría crítica e movimentos sociais: intersecções, impasses e alternativas”, en Breno Bringel y Maria da Glória Gohn, orgs., *Movimentos sociais na era global*, Petrópolis, Vozes, 2012, pp. 57-75.

prende aquellas perspectivas asociadas a los procesos de globalización neoliberal y, sobre todo, a las resistencias que ellos generan. Aquí se ubican miradas más eclécticas y perspectivas identificadas provisionalmente como Teorías de la Alter-globalización, de los “Novísimos Movimientos Sociales”, de la Confrontación Política, entre otras. Como adelantara, quiero detenerme un poco más en la Perspectiva Sociohistórica, en aquélla donde suele ubicarse a autores como Charles Tilly como referente más destacado y donde yo puedo agregar a otros como Diane Davis y Craig Calhoun.

La pregunta es: ¿esta Teoría Sociohistórica tendría proyección en la actualidad, es decir, sería hoy una línea de reflexión autónoma, original y/o divergente o, más bien, formaría parte de la Teoría de la Confrontación Política que hoy por hoy campea y se comprende como la heredera más aventajada de las reflexiones de Tilly y Sidney Tarrow? Mi pregunta tiene que ver con entender el espacio que tiene esa dimensión sociohistórica en la reflexión sociológica actual sobre los movimientos sociales, comprender su lugar en el entramado teórico que escudriña estos fenómenos y apreciar sus alcances.

BB: Bien, ese texto que mencionas, escrito con José Maurício, es parte de un diagnóstico más amplio sobre los diferentes momentos históricos que han venido atravesando las teorías de los movimientos sociales *vis-à-vis* los cambios sociales que han transformado la “forma movimiento” en la modernidad. Un trabajo que, en lo fundamental, intenta contrarrestar una idea bastante habitual, según la cual las teorías de los movimientos sociales habrían nacido en la década de 1960. De hecho, gran parte de los manuales de los últimos veinte o treinta años que abordan las perspectivas teóricas sobre los movimientos sociales ubica el inicio de la teorización de estos fenómenos en esos años, y la sitúa en Europa y Estados Unidos. En el caso de Europa se lo asocia a la proliferación de aquellos movimientos que se denominaron “nuevos”, entre ellos el ecologista y el feminista, mientras que en el caso de Estados Unidos se lo vincula preferentemente con la irrupción de las luchas por los derechos civiles. Nos referimos a todos esos movimientos que, a ambos lados del Atlántico, estaban rompiendo de alguna manera con una tradición reflexiva de la izquierda más clásica o tradicional.

Esta genealogía es parcial, y por ende problemática, por dos motivos principales: uno teórico-epistémico y otro temporal. Por un lado, ignora la producción de conocimiento del Sur del mundo,

reproduciendo un esquema más amplio y conocido de un “Norte” productor de teoría y un “Sur” rico en experiencias de contestación pero incapaz de producir teoría sobre los sujetos colectivos. Sabemos que eso no necesariamente es así, ya que hubo una creatividad teórica importante en América Latina, pero también en otras partes del mundo, principalmente en algunos países africanos como Senegal y Tanzania o en la India. Además, no se trata sólo de contraponer centro-periferia o Norte-Sur, sino de entender los entrelazamientos militantes y conceptuales. Por otro lado, la mencionada genealogía hegemónica no suele tratar con la debida atención los movimientos sociales y su conceptualización en el periodo previo a los sesenta. Lo que sí existió en aquella década del siglo pasado, es justo reparar, es una delimitación del campo de estudio de dichos movimientos. Eso, efectivamente, no lo teníamos antes, pues hasta entonces los movimientos sociales eran analizados dentro de las grandes teorías sociales/sociológicas que todo lo abarcaban. Es decir, aunque la noción de “movimiento social” ya existía, estaba subsumida dentro de las teorías del conflicto, de las clases sociales u otros tipos de reflexiones sobre problemáticas sociales, pero no eran objeto de estudio sistemático, no había un campo de estudio propio sobre el tema. Eso lleva a lo que me gustaría denominar la “paradoja de la especialización”: si bien es cierto que a partir de la institucionalización de los movimientos sociales como objeto de estudio hemos avanzado mucho en el conocimiento sobre el tema, eso se ha hecho a partir de conceptos de alcance medio y de análisis cada vez más acotados, en detrimento de teorizaciones más amplias que logren relacionarlos con las dinámicas y transformaciones sociales.

Además, hoy, en esta tercera etapa que recordabas, me parece que las teorías sobre los movimientos sociales vienen siendo contaminadas, cada vez más, por una suerte de urgencia del presente. Las lecturas contemporáneas, aquellas de los últimos treinta años —posteriores a la caída del Muro de Berlín—, acompañan mucho a la coyuntura, es decir, siguen apropiadamente a los actores sociales (y a los acontecimientos inmediatos) actuales —en una dinámica inscrita en las coordenadas que desentrañara Bruno Latour—, pero caen en una suerte de presentismo que hace que se extravíe su historicidad. Con eso, se analiza de manera muy fina y detallada la protesta y los eventos de contestación, pero mucho menos la dinámica del proceso sociopolítico.

Volviendo, por lo tanto, al corazón de tu pregunta, pese a que el legado dejado por Charles Tilly continua vigente, pienso que la

lectura que hoy se impone sobre su trabajo no es precisamente aquella preocupada por incorporar los procesos sociohistóricos en los análisis de los movimientos sociales, sino más bien la que está vinculada al debate sobre *contentious politics*, hegemónico en los últimos tiempos a nivel internacional. Aquí no estamos hablando del Tilly de la sociología histórica, sino de otro Tilly que, junto con Sidney Tarrow, Doug McAdam y otros colaboradores, buscan abrir la agenda de los movimientos sociales más allá de los movimientos mismos, tratando de incorporar otras formas y sujetos de contestación. Si bien el presupuesto es interesante, el foco acaba restringiéndose demasiado a las interacciones gubernamentales y a la búsqueda de mecanismos causales que no siempre son dotados de una mirada histórico-social. Por eso defiendo que hay que rescatar y actualizar críticamente un Tilly más antiguo y no ése que se ha difundido recientemente.<sup>2</sup>

La falta de una mirada sociohistórica sofisticada está limitándonos la comprensión del presente y produce, incluso, un cierre en nuestra capacidad de imaginación de horizontes alternativos. Por ejemplo, los esfuerzos analíticos en la literatura de la última década sobre movimientos sociales tienden a ser más bien de corto o mediano plazo, casi nunca de larga duración. La imbricación entre diferentes temporalidades no siempre se hace de manera adecuada. Pensemos en el ciclo de protestas que tras la crisis financiera de 2007-2008 emergió con diferentes registros o especificidades a lo largo del mundo a partir de Islandia, Egipto, España etc. En esta “geopolítica de la indignación global”,<sup>3</sup> las interpretaciones han tendido a ser cortoplacistas y limitan, desde mi punto de vista, la comprensión de los rasgos sociohistóricos más profundos que poseen las luchas sociales actuales, sus legados, tensiones generacionales, memorias, dinámicas de sedimentación y horizontes utópicos. Las “lógicas de la historia”, tal como sugiere William Sewell Jr.,<sup>4</sup> cuando pensadas en clave de movimientos sociales y cambio social, son centrales para captar las múltiples temporalidades en juego, la historicidad de los conflictos, la relación entre

---

<sup>2</sup> Breno Bringel, “Com, contra e para além de Charles Tilly: mudanças teóricas no estudo das ações coletivas e dos movimentos sociais”, *Sociologia & Antropologia* (Universidade Federal do Rio de Janeiro), vol. 2, núm. 3 (junio de 2012), pp. 43-67.

<sup>3</sup> Breno Bringel y Geoffrey Pleyers, eds., *Protesta e indignación global: los movimientos sociales en el nuevo orden mundial*, Buenos Aires/Río de Janeiro, Clacso/FAPERJ, 2017.

<sup>4</sup> William H. Sewell Jr., *Logics of history: social theory and social transformation*, Chicago, The University of Chicago Press, 2005.

contingencia y las múltiples posibilidades que derivan de los acontecimientos históricos.

Tengo la sensación de que el “giro espacial” producido entre los años ochenta y noventa en la teoría social llegó a las teorías de los movimientos sociales de forma muy interesante y fuerte, complejizando considerablemente nuestros debates sobre el lugar, el territorio, las redes, las escalas y las dinámicas de difusión. Sin embargo, eso a veces se hizo a costa del tiempo, de la historia. Por eso, parte de mis esfuerzos recientes están dedicados a repensar la dimensión espacio-temporal de los movimientos contemporáneos en el momento actual de la modernidad —marcado por la aceleración del tiempo, la complejización de las espacialidades cada vez más sobrepuestas y relacionales— y cambios profundos en las condiciones de posibilidad de emergencia y desarrollo del activismo social y la militancia política.

Un esfuerzo inicial en esta dirección se puede encontrar en el reciente libro *Brasil: cambio de era*, escrito también en colaboración con José Maurício Domingues.<sup>5</sup> Buscamos en este trabajo relacionar la emergencia del ciclo de protestas de junio de 2013 en Brasil con el fin de un ciclo político más amplio, aquél iniciado a finales de los años setenta con la redemocratización política. Intentamos, de esa manera, asociar diferentes temporalidades de las luchas y la dinámica política brasileñas de las últimas décadas, sin descuidar la dimensión espacial. Creo que un reto todavía pendiente sigue siendo teorizar de manera más dinámica los actuales ciclos de protesta con temporalidades de largo plazo, habitualmente asociadas a los ciclos de acumulación sistémica, por pensar en los términos de Giovanni Arrighi, Immanuel Wallerstein e, inclusive, de la Teoría de la Dependencia. Estos autores lo hicieron, pero descuidando mucho la dimensión de los sujetos y los conflictos.

Por todo lo dicho, esta vertiente sociohistórica es más necesaria que nunca, pero no se puede reducir a la Teoría de los Procesos Políticos. Hay muestras interesantes en la literatura contemporánea que permiten avanzar en derroteros distintos, incluso cuando se dialoga con el debate más *mainstream* de movimientos sociales, como es el caso del excelente trabajo de la socióloga alemana Priska Daphi sobre el papel de las narrativas y la memoria en la construcción de continuidades y discontinuidades en los movi-

---

<sup>5</sup> Breno Bringel y José Maurício Domingues, *Brasil. Cambio de era: crisis, protestas y ciclos políticos*, Madrid, Catarata/Universidad Complutense de Madrid, 2018.

mientos sociales.<sup>6</sup> En coordenadas más cercanas y heterodoxas, el brillante y amplio trabajo de Silvia Rivera Cusicanqui en Bolivia quizás sea de las muestras más interesantes sobre luchas sociales e historicidad en nuestra región. Sea como fuere, hay una relación compleja entre la teoría social y la historia y entre descripción y elaboración teórica que ha sido muy discutida tiempos atrás, pero anda un poco abandonada y necesita ser retomada y profundizada.

ADR: Sí, habría una relación frágil, cuando no francamente conflictiva, entre historia y sociología, que incidiría en la proliferación de estudios segregados sobre los movimientos sociales que no hacen más que empobrecer la comprensión de los mismos. Girando un poco el eje de la conversación hacia lo que se experimenta particularmente aquí en la región pregunto: ¿cómo se viven en América Latina, en particular, estas malogradas aproximaciones entre humanidades y ciencias sociales? Más ampliamente, ¿cuál es la relación que existe, en América Latina, con la creación teórica sobre los movimientos sociales? A modo de provocación percibo que existen dos maneras de abordar este asunto, cada una avanzando por un camino independiente y cada una, a su vez, con su capacidad de interpretación limitada por desestimar una parte sustantiva del potencial explicativo disponible en torno a estas cuestiones.

Por un lado, veo que parte importante de las ciencias sociales latinoamericanas se limita a repetir los presupuestos teóricos contruidos en los centros de pensamiento de Europa y Estados Unidos. Más concretamente observo que hay una utilización acrítica de las teorías sobre los movimientos sociales y, por añadidura, que nos quedamos en una suerte de aislamiento con respecto a los circuitos mundiales de generación teórica. Eso no quiere decir que no existan iniciativas que intenten construir puentes —ustedes mismos aquí en el Instituto de Estudios Sociales y Políticos vienen haciendo contribuciones en esa dirección—, quiere decir que están lejos de ser una constante y son más bien una excepción. Esta es la primera tendencia que aprecio, una que subraya que la construcción teórica en América Latina en los últimos cuarenta años, una vez pasado el apogeo de la Teoría de la Dependencia, se encuentra en una posición subordinada dentro del escenario de construcción teórica mundial.

Por otro lado, veo que en América Latina existe toda una riquísima reflexión social y/o sociológica que está ausente, o al

---

<sup>6</sup> Priska Daphi, *Becoming a movement: identity, narrative and memory in the European global justice movement*, Londres, Rowman & Littlefield International, 2017.

margen quizá, de las discusiones mundiales. Lo que significa, contradiciendo en parte mi primera aseveración, que faltan efectivamente canales de comunicación. Dicho con otras palabras, en América Latina existe reflexión sistemática, independientemente de que quizá nos gustaría que fuera mucho mejor, más eficaz o con mayor poder de interpretación, pero incluso así es muy importante. Están las contribuciones realizadas por la misma Teoría de la Dependencia, las adaptaciones que vivió la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales durante la década de 1980 —estoy pensando en los trabajos de Fernando Calderón y Elizabeth Jelin sobre los movimientos urbanos, de memoria, entre otros/as— y también las aportaciones de esa sociología que hoy tiene mucho brío, sobre todo en Argentina, Uruguay y México, que podría ser denominada tentativamente como Teoría de la Autonomía. Corriente donde sobresalen los trabajos de Maristella Svampa, Raúl Zibechi, Raquel Gutiérrez. ¿Conoces esta línea de reflexión, cierto?

BB: Sí, claro. Son de los trabajos más creativos e interesantes que tenemos hoy en América Latina.

ADR: Entonces, lo que veo es que sí existe una reflexión sistemática sobre los movimientos sociales, y los vínculos de éstos con la transformación social, pero queda circunscrita a una órbita diferente de aquella donde transcurre esa reflexión “mundial” a que referíamos al inicio de esta conversación. ¿Pareciera que en América Latina sólo repetiríamos los dictados de la Teoría de la Confrontación Política, pero al mismo tiempo tendríamos una reflexión sistemática ininterrumpida sobre los movimientos sociales —al menos desde mediados del siglo xx— que, sin embargo, no siempre dialoga con las perspectivas que circulan mundialmente? ¿Percibes también esta paradoja?

BB: Sí, pienso que esta paradoja tiene sentido si la entendemos como una confluencia de dos operaciones bastante distintas, pero que transcurren de manera paralela. De todos modos, creo que es necesario ponderarla un poco mejor, incluso tratando de vislumbrar algunas tendencias que atraviesan esa paradoja. Una primera gran tendencia existente en los estudios sobre movimientos sociales en América Latina es que poseen un sustrato excesivamente empirista (casi hasta el punto, en muchos casos, de ser antiteóricos). Me atrevería a decir que prácticamente 90% de los trabajos en la región

ni siquiera se plantea hacer una contribución en el plano teórico. Son trabajos que procuran investigar/describir un fenómeno o realidad empírica muy circunscrita o delimitada. Eso ha hecho que hayamos avanzado mucho en el conocimiento sociológico sobre temas o sujetos muy concretos. El problema aparece, sin embargo, al constatar que buena parte de esos estudios no consiguen hacer una discusión más amplia en el plano analítico. En ocasiones, llega a haber una interpretación más abarcadora que logra trascender el estudio de caso o una mirada específica sobre un territorio particular, pero la generación de teoría es algo mucho más raro. Por eso, la relación entre movimientos sociales y teoría sociológica es tan difícil. Asimismo, no pocas veces estos trabajos empíricos están acompañados de una movilización acrítica de referentes teóricos del Norte, que realmente no son discutidos, sino utilizados para reforzar o justificar algún punto del trabajo. En estos casos tenemos, obviamente, una relación muy mecánica, protocolar y subordinada con los “teóricos de los movimientos sociales”.

Una segunda gran tendencia en los abordajes latinoamericanos es la amplitud disciplinar y temática asociada a unas fronteras tenues en la comprensión de los movimientos. Eso tiene que ver con la ausencia de un campo propio de discusión sobre el tema a nivel regional y no tiene que ser comparado con Estados Unidos y Europa (donde sí ocurrió) ni ser visto como algo necesariamente negativo, sino que puede entenderse, por lo contrario, como un síntoma de diversidad y de riqueza. En América Latina hay una producción sobre movimientos sociales que trasciende en mucho el núcleo duro de las ciencias sociales (sociología, ciencia política y antropología) y que llega a diversas otras disciplinas de las humanidades. Destacaría, por ejemplo, el lugar central de la geografía y sus contribuciones fundamentales para teorizar los movimientos sociales contemporáneos. En el marco de estas fronteras flexibles de la comprensión de los movimientos sociales en América Latina, hay también una diversidad de temáticas relacionadas (participación política, Estado, partidos políticos, violencia etc.) sin las cuales no los comprendemos bien, pero que no siempre logran realizar las mediaciones debidamente necesarias.<sup>7</sup>

La tercera gran tendencia, convergente con lo que colocabas en tu provocación, es la existencia de una especie de diálogo de

---

<sup>7</sup> Breno Bringel y Alfredo Falero, “Movimientos sociales, gobiernos progresistas y Estado en América Latina: transiciones, conflictos y mediaciones”, *Caderno CRH* (Universidade Federal da Bahia), vol. 29, núm. especial 03 (2016), pp. 27-45.

sordos entre lo que se produce o piensa sobre los movimientos sociales en América Latina y lo generado o reflexionado en el resto del mundo. En este sentido se ha venido configurando en los países centrales un canon sobre el debate de los movimientos sociales en el cual lo que es reconocido como Social Movements Studies —por su denominación en inglés— sólo es aquello que se hace en Europa y en Estados Unidos. Esta configuración hace que las dichas “teorías de los movimientos sociales” sean circunscritas a ciertos lugares del mundo, algo que es reforzado por la creación en las últimas dos décadas de revistas de “referencia internacional”, publicadas en inglés, como *Mobilization* o *Social Movement Studies*, investidas con la capacidad de construir y actualizar el canon del estudio sobre este tipo de fenómenos. Y en esos foros, por decirlo de alguna manera, encontramos muy poco, prácticamente nada, de la producción latinoamericana, africana y asiática sobre la materia. Es interesante observar que desde el “Norte” se habla cada vez más de la importancia de abrirse al Sur, a las luchas periféricas o a epistemologías distintas. Pero en la práctica, esta apertura no ha significado un diálogo entre tradiciones intelectuales distintas o el conocimiento por parte de los académicos del Norte de nuestra producción, sino, en general, de considerar nuestras luchas, manteniendo, sin embargo, su misma cosmovisión, lo que deriva en eurocentrismos.

Estoy hablando de tendencias generales, lo cual no significa que existan algunas excepciones. Pero este tema tiene que ser leído dentro de una sociología del conocimiento sobre los movimientos sociales. Si recuperamos los términos sugeridos por Fernanda Beigel en sus investigaciones recientes,<sup>8</sup> podríamos sugerir la existencia de cierto “circuito regional” en el debate sobre movimientos sociales en América Latina, pero el diálogo de éste con el “circuito *mainstream*” es escaso. Observo, en este punto, que tenemos una posición ambivalente tanto hacia el canon como hacia la invisibilización mundial de nuestra producción regional. No se trata sólo de cómo nos ignoran desde el Norte, sino también de qué tipo de diálogo crítico queremos construir con las teorías sociales hegemónicas. Muchas veces entre los/as investigadores/as latinoamericanos/as existe una predisposición deliberada a no dialogar con esas perspectivas foráneas. Eso ocurre en grados diversos, pero

---

<sup>8</sup> Véase, entre otros, Fernanda Beigel, “Centros y periferias en la circulación internacional del conocimiento”, *Nueva Sociedad* (Fundación Friedrich Ebert), núm. 245 (mayo-junio de 2013), pp. 110-123.

se ha acentuado —y no siempre para bien— con las propuestas poscoloniales y descoloniales. Descolonizar el imaginario y las prácticas es central, pero no podemos caer en localismos y nuevos provincianismos.

Es necesario construir más puentes. Particularmente, creo que hay bastantes elementos relevantes en la discusión sobre los movimientos sociales que hoy domina en Occidente y que es necesario tanto tensionarlos críticamente como repensarlos creativamente. Esto no significa, obviamente, que debamos renunciar a tener una agenda propia de investigación ni que la autonomía sea irrelevante. Apunta más bien a que no debemos dejar de lado todo lo que se está reflexionando en Europa y Estados Unidos simplemente porque sería eurocéntrico. Infelizmente hemos llegado a este extremo hoy.

ADR: Para continuar con esta exploración de los vínculos entre movimientos sociales, teoría sociológica y América Latina, voy a llevar la conversación a un momento específico, las décadas de los sesenta, setenta y ochenta. Ello con el objeto de comprender mejor el contexto histórico donde se despliega la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales en América Latina, un momento comprendido como bisagra en la reflexión sobre estos asuntos en la región si se miran en perspectiva los últimos cincuenta años. Estos meses he estado pensando que existiría una relación más o menos estrecha entre dicha teoría y aquello que en América Latina conocemos como “Nueva Izquierda”, esa perspectiva política que intentó distanciarse de una izquierda apreciada como “tradicional” —aquella que se observaba como impulsora de transformaciones graduales, con estructuras de ejercicio del poder altamente jerarquizadas. “Nueva Izquierda” que fue protagonista, durante el tercer cuarto del siglo xx, de la fragmentación del campo de la izquierda con la multiplicación de las disidencias a los partidos comunistas o, lo que es casi lo mismo, la proliferación de las agrupaciones filocubanas (o filoguevaristas).

Entonces, he venido pensando que la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales, así como los esfuerzos de quienes allegados/as a Alain Touraine buscaban asociar la palabra “nuevo” a la comprensión de este tipo de fenómenos, también tenía una relación directa con ese proceso, con esa manera de encarar o abordar la búsqueda de transformaciones estructurales y/o revolucionarias. En el caso de Touraine su lectura está marcada por la observancia de una Sociedad Programada (postindustrial), que habría emergido

en Occidente, diferente a aquella donde la relación entre obrero y capitalista configuraba prácticamente todo entendimiento social. Ciertamente no concuerdo con muchas de las interpretaciones entonces defendidas por Touraine, pero el punto que me interesa destacar es que la fuerza de que gozó la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales en América Latina, sobre todo en la década de 1980, probablemente se deba a que fue comprendida como una perspectiva hermana de esa “Nueva Izquierda” que tanta fuerza tenía todavía en la región. No con esa “Nueva Izquierda”, vale la pena precisar, que era afín al uso de la violencia con fines políticos, aquella que estaba en línea con las propuestas que llevaran a la práctica el brasileño Carlos Marighella o el mismo Ernesto Guevara. Era la “Nueva Izquierda” que se distanciaba de lo tradicional, lo clasista, lo gradual, para refugiarse —quizá más por obligación que por elección— en esos movimientos sociales que entonces emergían al margen de cualquier estructura partidaria y que se conocían, a nivel de la academia latinoamericana, como movimientos urbanos o como nuevos movimientos sociales. Movimientos que, en el fondo, perseguían transformaciones o mejoras concretas en medio de un escenario autoritario, marcado a fuego por esa crisis de la deuda externa que en toda América Latina significó el inicio de los ajustes estructurales que, con diversa intensidad, todavía estamos sufriendo. Una reflexión que tiene que ver, sobre todo, con una búsqueda por entender por qué las reflexiones de Touraine, pese a que en un comienzo no tenían ningún sentido para mí, tuvieron tanto eco en esos años en América Latina. ¿Tiene sentido para ti esta asociación, embrionaria por cierto, entre las Teorías de los Nuevos Movimientos Sociales, la “Nueva Izquierda” y América Latina?

BB: La idea de que las teorías de los nuevos movimientos estaban relacionadas a la emergencia de la “Nueva Izquierda”, y que estarían también en la base de su propio dinamismo teórico, tanto en Europa como en América Latina, ha sido explorada en varios trabajos de los años ochenta. Y eso, pienso, responde a varios motivos. Algunos de ellos los has subrayado bien. Sin embargo, lo importante es percibir que ese encuadre teórico se dio en un momento histórico que coincide con la aparición de nuevos sujetos políticos en América Latina en el contexto de lucha contra las dictaduras. Existía, efectivamente, esa crítica a los partidos comunistas y a la izquierda “tradicional”, pero también un anhelo de redemocratización de los sistemas políticos y la sociedad, que hacía que florecieran una serie

de luchas y formas asociativas mucho más descentradas u horizontales. Y ese tejido sociopolítico pasó a impregnar los barrios y los territorios. Aunque algunos podían tener cierta asociación con partidos comunistas, u otros, reivindicaban una cierta autonomía, valoraban la experiencia (personal y colectiva) y enfatizaban la centralidad de lo cotidiano.

Para mí el libro que mejor retrata esa realidad, probablemente la mejor obra en su tipo en toda América Latina, es *Cuando nuevos personajes entraron en la escena*, de Eder Sader.<sup>9</sup> Publicada a finales de los ochenta, infelizmente esa obra no trascendió al resto de la región, aunque en Brasil es una referencia seminal. Sader capta con precisión esa transición entre dos mundos en un momento en que los centros organizadores de la vida política durante las décadas anteriores entraban en crisis (la Iglesia, las izquierdas derrotadas, el sindicalismo), mientras “nuevos” personajes se forjaron políticamente y los rechazaron (el cristianismo de las comunidades eclesiales de base, experiencias de comunidades y movimientos populares, el nuevo sindicalismo). No se trató de la sustitución de unos por otros, sino de una coexistencia tensa en que lo “nuevo” debe leerse no como una categoría analítica, sino como un recurso político de los sujetos políticos emergentes para diferenciarse de los anteriores.

El cisma de las instituciones hegemónicas en los periodos populistas y autoritarios daba lugar a una nueva generación, pero también a una nueva cultura militante en un momento de lazos muy estrechos entre la intelectualidad y la lucha social. No tiene ningún sentido, sin embargo, caracterizar a los “nuevos” movimientos como “postmateriales”. De hecho, en ningún lugar del mundo en aquel momento se estaban disociando las luchas por lo material y lo simbólico, menos aún en América Latina donde buena parte de las batallas de entonces eran por asuntos eminentemente materiales, por ejemplo, la tierra o la vivienda (todas cuestiones muy básicas, materiales, de sobrevivencia de la población). Otra crítica interrelacionada tiene que ver con el alcance de la teorización general sobre la sociedad “postindustrial”. Había en la región una dinámica y un imaginario industrializador muy fuerte todavía, que había emergido con fuerza sólo unas décadas antes, cuando se produce un proceso de transición demográfica acelerado que terminó por consolidar el carácter urbano de la población en América Latina.

---

<sup>9</sup> Eder Sader, *Quando novos personagens entraram em cena: experiências e lutas dos trabalhadores da Grande São Paulo 1970-1980*, São Paulo, Paz e Terra, 1988.

Un proceso que en Europa se realizó casi en un siglo y aquí en veinte o treinta años, entre 1950 y 1970. Y eso tuvo repercusiones importantes para entender los movimientos sociales en la región, dado que hubo una transformación estructural de nuestras sociedades, debidamente teorizada por el pensamiento latinoamericano a partir de temáticas como la marginalidad urbana y el colonialismo interno, entre otras.

Ahora bien, las especificidades del desarrollo histórico latinoamericano y las insuficiencias del debate europeo sobre los “nuevos movimientos sociales” para pensar nuestra región no puede impedir que reconozcamos que Touraine tuvo un punto fundamental: concebir tales movimientos no como meros objetos de estudio, sino más bien como un recurso heurístico para la comprensión de las transformaciones de la sociedad. Y eso es lo que Touraine intenta hacer, no siempre de manera satisfactoria, tanto para la realidad europea como, a veces, para la latinoamericana. Tal como recientemente ha rescatado muy bien Geoffrey Pleyers, los movimientos sociales son productores pero también productos de la sociedad. Por eso, en nuestro trabajo conjunto insistimos mucho en esta relación dialéctica entre los movimientos sociales y los societarios.<sup>10</sup> Eso me parece absolutamente crucial para que podamos repensar a los primeros hoy, en tiempos de profundos cambios tecnológicos, mayor individualización de la sociedad e identidades más fragmentadas. Los “nuevos” movimientos de 1970 y 1980 han envejecido y no basta con definirlos ahora como “novísimos” movimientos como hacen algunos. Lo importante es tratar de descifrar los nuevos signos históricos y de los sujetos emergentes hoy.

ADR: Para finalizar quiero compartir contigo un breve diagnóstico de la reflexión teórica sobre los movimientos estudiantiles en América Latina que vengo investigando en los últimos seis años. Un diagnóstico que se plasma en lo siguiente: los movimientos estudiantiles estarían poco teorizados, más aún al compararse con los esfuerzos asociados al análisis de otros movimientos sociales, como el campesino, el obrero o el feminista por ejemplo, estarían subteorizados. Solamente el año pasado, en 2018, se conmemoraron cien años del primer gran movimiento estudiantil en América Latina, el que tuvo su epicentro en Córdoba, Argentina, en 1918, así

---

<sup>10</sup> Véase, entre otros, Breno Bringel y Geoffrey Pleyers, “Junho de 2013... dois anos depois: polarização, impactos e reconfiguração do ativismo no Brasil”, *Nueva Sociedad* (Fundación Friedrich Ebert), núm. especial en portugués (noviembre de 2015), pp. 4-17.

como se recordaron, también, los cincuenta años de los movimientos que en 1968 sacudieron a tantas sociedades latinoamericanas, entre ellas también a la brasileña. La paradoja reside en que, aunque nadie ponga en duda la recurrencia o importancia que reviste el fenómeno en la región, sí se aprecia una falta de espesor teórico que, por momentos, se vuelve incomprensible. ¿Concuerdas con esta percepción?

BB: Estoy de acuerdo. Inclusive, publiqué hace unos diez años un artículo titulado “El futuro anterior”<sup>11</sup> que, junto con reflexionar sobre los movimientos estudiantiles y las teorías de los movimientos sociales, también llamaba un poco la atención sobre este punto. El artículo partía sosteniendo que los movimientos estudiantiles habían sido muy importantes para Brasil, para América Latina; sin embargo, pocas veces habían sido pensados dentro de las teorías de los movimientos sociales. Luego intentaba plasmar algunas reflexiones que ayudaran a pensarlos como un tipo de movimiento social sui generis. Una particularidad que le atribuía, principalmente, por apreciar que ahí se maneja con una temporalidad diferente —el tiempo-escuela, el tiempo-universidad— que marca en cierta medida la inserción o profundidad que puede adquirir su militancia. Entonces, iba intentando descifrar un poco eso, apreciar las dificultades asociadas a la comprensión teórica de los movimientos estudiantiles, marcada por la “condición estudiantil”, sus formas de organización y de identidad, dentro del cuadro analítico de los movimientos sociales.

Los motivos de dicha subteorización, pienso, pueden tener que ver con la tendencia a la compartimentalización de los debates académicos actuales. Buena parte de las reflexiones sobre los movimientos estudiantiles fueron quedando en manos de historiadores/as o del campo de la educación. Y los sociólogos, sobre todo quienes están pensando estos asuntos más teóricamente, lo han ido dejando de lado. Se ha avanzado mucho en las dinámicas educativas que se van forjando al interior de los movimientos, en los procesos de formación política, la socialización militante y toda una serie de discusiones que están muy próximas de una cierta sociología de la educación, inclusive de la sociología de la juventud, pero hay ciertas dificultades en pensar la relación de estas dinámicas con

---

<sup>11</sup> Breno Bringel, “O futuro anterior: continuidades e rupturas nos movimentos estudantis do Brasil”, *Eccos. Revista Científica* (São Paulo, Universidade Nove de Julho), vol. 11, núm. 1 (enero-junio de 2009), pp. 97-121.

cuestiones teóricas más abarcadoras o con otros campos de debate, algo que sí hacen de manera más interesante algunas colegas en Brasil como Marilia Sposito. En la actualidad esta apertura de las fronteras de los movimientos sociales es fundamental, dado que la institucionalización del debate sobre los movimientos acabó llevando a un cierto automatismo académico que está en crisis y es incapaz de avanzar en el conocimiento sobre las luchas actuales. Ello exige el rescate de lo que hemos acumulado, creatividad para innovar, así como cercanía y compromiso con las luchas y movimientos, desde donde emergen no sólo agendas políticas y conflictividad, sino también saberes y reflexividad sobre ellos mismos y nuestro tiempo histórico. Volviendo a un punto inicial de nuestra conversación: una teoría crítica de los movimientos sólo tendrá potencia si actualiza la relación umbilical entre teoría y praxis, con todas las dificultades y tensiones inherentes.

ADR: Muchas gracias por la conversación, sin duda hemos avanzado, aunque sea un pequeño paso, en la comprensión de la relación existente entre movimientos sociales y teoría sociológica en América Latina.

BB: Muchas gracias a ti.

Andrés Donoso Romo

#### RESUMEN

Conversación con el sociólogo brasileño Beno Bringel acerca de la trayectoria que en América Latina ha tenido el estudio de los movimientos sociales y la formulación de una teoría sobre el tema. Actualmente Bringel dirige, junto con José Maurício Domingues, el Núcleo de Estudios de Teoría Social y América Latina (NETSAL) en el Instituto de Estudios Sociales y Políticos (IESP) de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ) y es presidente del Research Committee on Social Classes and Social Movements (RC-47) de la International Sociological Association (ISA), uno de los grupos internacionales más activos en el estudio de los movimientos sociales, fundado por Alain Touraine y Alberto Melucci.

*Palabras clave:* ciencias sociales, sociología histórica, movimiento social, movimiento estudiantil, América Latina.

#### ABSTRACT

Conversation with the Brazilian sociologist Beno Bringel on the trajectory of the study of social movements in Latin America and the formulation of a theory on the subject. Bringel is currently director, together with José Maurício Domingues, of the Cluster of Studies on Social Theory and Latin America (NETSAL) at the Institute of Social and Political Studies (IESP) of Rio de Janeiro State University (UERJ) and president of the Research Committee on Social Classes and Social Movements (RC-47) of the International Sociological Association (ISA), one of the most active international groups in the study of social movements, founded by Alain Touraine and Alberto Melucci.

*Key words:* social sciences, historical sociology, social movement, student movement, Latin America.